



La Europa de Ratzinger

The Europe of Ratzinger

■ Carlos Aragonés*

■ Hay una frase que define la imagen que nuestro autor se hace de la situación europea: “Cuando empecé hace cincuenta años con San Agustín, vi enseguida que se trataba de un contemporáneo mío”, decía Ratzinger en un acto sobre “el padre de Europa”, San Benito, días antes de ser elegido Papa. Valoraciones así sobre nuestra época del primer teólogo-pontífice se encuentran en sus numerosos escritos, pero las conferencias son inmejorables fuentes para hacerse rápidamente y de primera mano con su visión histórica. Una idea de la historia sostenida, a lo largo de 40 años, por quien comenzó a despuntar internacionalmente cuando el Concilio le seleccionó, junto a un grupo de consagrados o prometedores profesores de teología, como perito del Vaticano II.

Joseph Alois Ratzinger (Marktl am Inn, Baviera, 1927) no teme exhibir su pensamiento en público, cuida la precisión de ideas y siempre interesa a sus audiencias. La repercusión de estos actos ha superado en muchas ocasiones el espacio reservado, usualmente, a las noticias de religión por los medios de comunicación.

La cosa empezó en sus clases abarrotadas de alumnos, a primera hora de la mañana, en las facultades de Tubinga y Ratisbona. De los apuntes y grabaciones reunidas apareció el primer libro reconocido, *Introducción al cristianismo*, que le deparó una influencia como intelectual sin precedentes —para un prelado— y sin rival en el orbe católico, a no ser la obra de su colega el suizo Hans Küng. De modo que esta autoridad personal difundida por las diócesis de la Iglesia, volvió lógico su ascenso a la romana “Cátedra de Pedro”, pero mucho más a ojos de la opinión informada no europea que entre nosotros los países vecinos a Roma.

No por casualidad, es el problema de la religiosidad europea futura el debate cultural que el sacerdote germano elige siempre que le brindan la ocasión. Cabe apuntar que sigue la estela de otro presbítero alemán e intelectual de primera línea, Romano Guardini (1885-1968), figura igualmente magistral para el profesio-

* El autor es filósofo, diputado por Madrid en las Cortes Generales y miembro de las Comisiones de Cultura y Asuntos Exteriores. Además, presidió la Comisión de la Unión Europea de esa Institución.

rado católico de entreguerras, por su facilidad para combinar fe y reflexión. Fueron también aquellos primeros años del joven Ratzinger, los de actuación política de un tío carnal sacerdote, elegido repetidas veces diputado a la Cámara de Baviera.

Leer al todavía cardenal Ratzinger en el simbólico año 2000, depara el placer de topar con una erudición vertida a un lenguaje claro. El orador repasa con elegancia datos, si bien no desconocidos, bajo puntos de vista en absoluto tópicos, y ello en un campo tan minado como la conflictiva relación del poder secular y la autoridad religiosa. El hoy Papa, habla con la arquitectura mental de un alto eclesiástico, en el pulcro estilo de profesor de la gran universidad alemana. Es una paradoja biográfica que una inclinación tan poderosa hacia el estudio y la enseñanza haya sido “desviada”, sistemáticamente, hacia puestos de gobierno en la Iglesia católica desde que fuera designado arzobispo de Munich, por Pablo VI en 1972, prefecto en Roma de la Congregación para la Doctrina de la Fe pocos años después y luego elegido sucesor del Papa Wojtyła.

Obligado a predicar y “pontificar” casi a diario, comprometido por una actualidad seguro que incómoda al hombre de vocación académica y avanzada edad, sus cualidades públicas de estilo e inteligencia, no obstante, resisten bien bajo la presión de los medios y la carga de responsabilidad moral aneja a su función de “primer pastor”.

Esta facilidad para otear las coordenadas de la actualidad, desplegada al servicio de un vasto trabajo de síntesis cultural, merece ser leída despaciosamente. Jacob Neussner, rabino de Nueva York y corresponsal de este Papa, sostiene que no ha encontrado una personalidad contemporánea más lúcida que el profesor Joseph Ratzinger.

La conferencia que presenta la Revista constituye una resonante toma de posición sobre Europa, formulada en una circunstancia nada coyuntural o en respuesta a compromisos de agenda. En vísperas de la cumbre de jefes de Estado europeos y primeros ministros en Niza, el ciudadano nacido bávaro que Ratzinger es acude a Berlín, a invitación de la delegación de su Estado, justo en el primer aniversario de esa recuperada condición de capital de la Alemania unida. Primer año del nuevo siglo, un tratado de la Unión Europea que negociar entre los primeros mandatarios y un proyecto en ciernes de Constitución para el continente... son datos que apuntan a un nuevo comienzo histórico-político. *Die Zeit*, principal semanario de su país, dirigido por el antiguo canciller, el social-demócrata hamburgués Helmut Schmidt, se apresuró a publicarla de inmediato.

La Europa de Ratzinger adquiere la forma de una idea moral antes que un concreto territorio. Con su proverbial agilidad mental, abre el mapa ante su auditorio y comienza por señalar en él que fueron los limes africanos del imperio romano la primera frontera de lo europeo. En ellos su admirado Agustín de Hipona asistió al primer colapso continental de una civilización europea, desde la otra orilla mediterránea en la frontera “con el país de los libios”. Aún más que sus naciones, los límites de lo europeo se han movido por más de 25 siglos desde que las islas y riberas del Asia Menor llamaron “europea” a la parte continental de Grecia.

Ésta es su primera respuesta al cardenal Glemp, quien, como primado de la nación católica más hacia el Este, Polonia, hacía algo más que preguntar a sus

compañeros de episcopado europeo dónde termina el territorio que habitan los europeos, reunificados al comenzar el tercer milenio.

En la perspectiva del Papa vivo no está de más anotar que fuera precisamente un monje toledano, quien primero calificara de “europeos” a los soldados francos de Carlos Martel enfrentados en Poitiers (732) a las tropas musulmanas venidas de la Marca catalana. Victoria militar rápidamente hinchada en su real importancia estratégica al servicio de una primera delimitación de Europa, definición sentida con particular urgencia en territorios vecinos a los dominios islámicos como los reinos hispanos de entonces.

La visión europeísta de nuestro conferenciante no renuncia a nada del pasado, y menos a “la infancia de Europa”, la Edad Media. Una de las ventajas institucionales de las Iglesias cristianas consiste en su memoria histórica, empero reservada hoy a no muchos más que a sus hombres de cultura y algunos dignatarios. A pesar de ella, cabría tomar esta inclinación medievalista por una inevitable nostalgia hacia los tiempos de la Cristiandad. Lo cierto es que el vocabulario de Ratzinger descarta la identificación de “los buenos tiempos” con esta larga época histórica, o cualquier otra, y encuentra poco gusto en las nostalgias románticas de una espiritualidad perdida entre brumas medievales.

En realidad, el teólogo hoy Papa tiende bastante más al diálogo con la época de la Ilustración y a la refutación del positivismo, en sus diálogos públicos sobre razón creyente y racionalidad agnóstica, junto a filósofos de la talla de Jürgen Habermas, políticos profesores como Marcello Pera, y teólogos de la secularización como Juan Bautista Metz. Qué libertad, qué igualdad y qué noción de la dignidad de la persona en el futuro supra-Estado europeo, acotan los temas de discusión entre el religioso y el no creyente que aspiren a ser ciudadanos conscientes de su destino. Lo comprobamos en sus palabras finales de Berlín, cuando hace la conocida reclamación a los parlamentarios europeos de que figure una mención al cristianismo en la futura Carta constitucional. Petición reiterada y que no fue atendida.

Si, con todo, nos pareciera que el conferenciante se aleja de lo contemporáneo, quizá sea justo entender que mil años de hilo conductor de una



Figura 1. “Batalla de Poitiers” (732) en la que se representa a Carlos Martel (montado a caballo) frente al barbado caudillo islámico, el valí (gobernador) de Al-Ándalus, Abderrahman ibn Abdullah Al Gafiki. Óleo de Charles de Steuben (1788-1856), pintado entre 1834 y 1837 (Museo del Castillo de Versalles, Francia).

historia, la europea, más deseada, reflexionada e imaginada que cumplida, recobran una vigencia no sospechada. La inmigración de los pueblos francos y germanos o sajones, cuajó en una nueva sociedad, junto a galos romanizados y otros pueblos latinos, en torno al año 800, en el territorio del hoy pentágono de ciudades europeas o “corazón de Europa”: Londres, Frankfurt, Viena, Milán y París. Desde entonces se logró una hibridación con escasos paralelos en la historia mundial. Este impulso constructivo, nacido de aquello que sólo pueden aportar las integraciones culturales profundas, acaso prefigura la tarea por venir del continente cuando avance nuestro siglo XXI.

Interpretaciones aparte, es clara la apuesta de la conferencia por explicar la insólita fuerza expansiva del continente en la tensión de principio entre los diversos poderes. Entre europeos, el control moral de la sociedad ha estado por doquier repartido y disputado por eclesiásticos y civiles. La originalidad europea se cifra en esa lucha por la supremacía, por quién disponga de “la última palabra ante los hombres”, vendría a decirnos Ratzinger. Los nombres y su predominio cambian a lo largo de siglos, pero el atractivo mítico que emana de episodios remotos y recientes, tal que la unidad carolingia, el Sacro imperio, la corona bicéfala de Carlos V... luego la Europa gobernada por las científicas Luces; hasta la reconciliación franco-alemana de posguerra abogada por los padres fundadores de la Comunidad Europea, son variaciones de una fórmula para relacionar la conciencia moral y el poder político sin absorberla ni suprimirla.

Del otro lado, Bizancio y la “Tercera Roma” o Moscú, sigamos sus palabras, ejemplifican un concepto fallido de “lo europeo”. El imperio bizantino y su heredero espiritual y político al norte, el imperio ruso, fusionaron Estado e Iglesia en un mismo poder. Su imagen de la mejor sociedad olvida el inestable equilibrio en que de siempre han vivido los europeos occidentales —y con el que emigrarán a las dos Américas—, que es la fuente de su impresionante movilidad económica, científica y cultural. Paradójicamente ya en nuestro siglo, los experimentos nazi, fascista y comunista emprendieron igual camino, pero en un sentido inverso e irreligioso, mutando la política en una suerte de nueva religión secular para sus pueblos. La catástrofe no se hizo esperar.

Cuando el máximo representante de una institución con tan larga memoria histórica elige maestro de historia a San Agustín, conviene tomar nota del paralelismo. Agustín será quien anote, desde su sede episcopal de Hipona en la otra orilla del Mediterráneo, cómo sus conciudadanos de Roma —la “Europa de la Antigüedad”— ceden el paso a otros pueblos de otras culturas.

Quien sienta interés por otras manifestaciones del hoy Benedicto XVI a caballo entre política y religión, puede buscarle, después de Berlín, en estos otros enclaves europeos: “Europa en la crisis de las culturas”, en el Monasterio de Subiaco, abril de 2005; “Fe, razón y universidad”, Universidad de Ratisbona, septiembre de 2006, en la que levantó grandes protestas de la inteligencia islámica; el discurso no pronunciado en la Universidad de La Sapienza, Roma, enero de 2008, por la protesta de los estudiantes; y el más reciente hasta la fecha: ante las Academias de Francia en el Colegio de Bernardinos de París, en septiembre de 2008.